



Yáotl en la tierra de los muertos



Eduardo Matos

Ilustración Héctor Gaitán-Rojo



GOBIERNO DE
MÉXICO

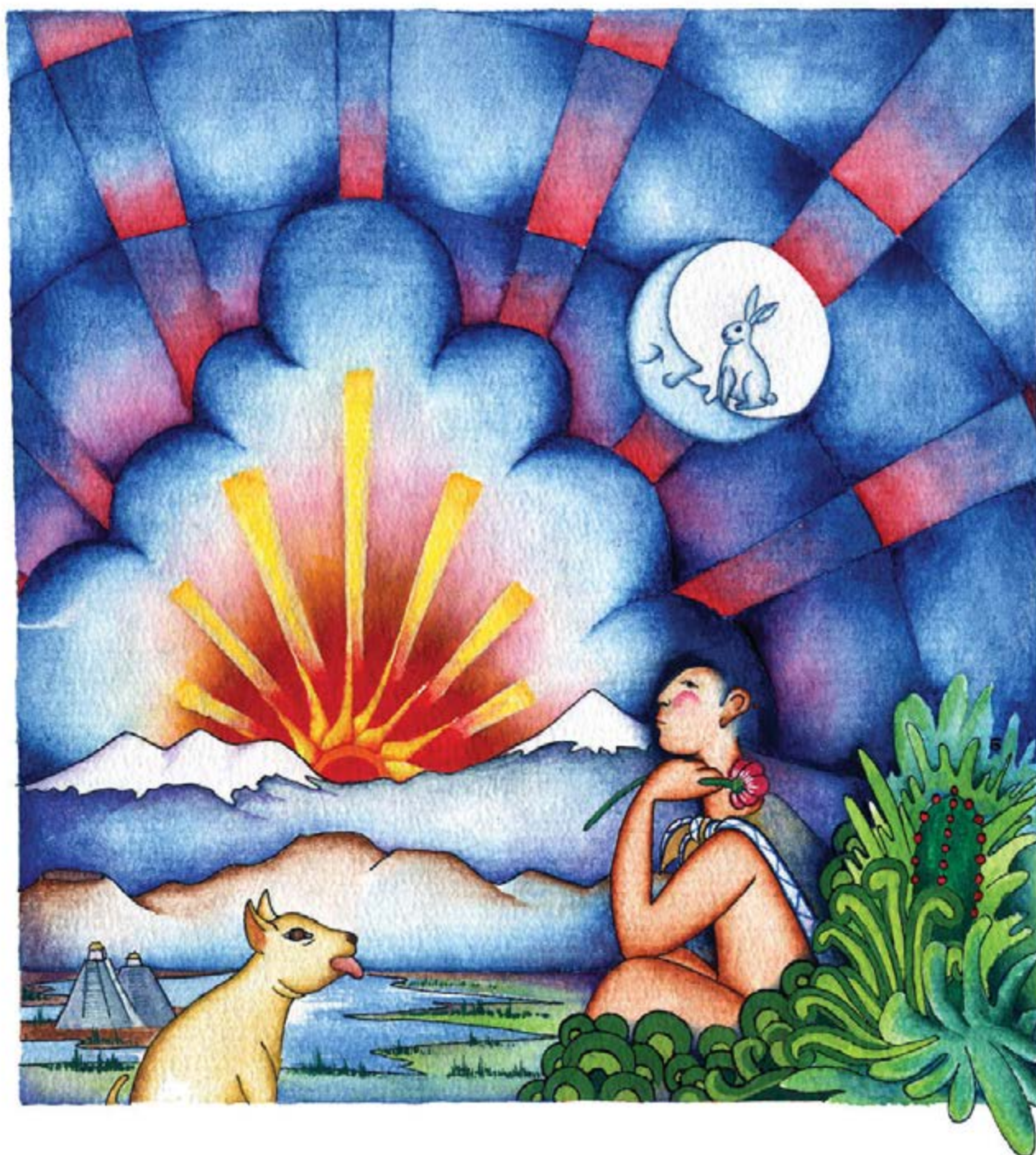
EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

CONAFE
Consejo Nacional de Fomento Educativo

Yáotl en la tierra de los muertos

Texto: Eduardo Matos Moctezuma

Ilustración: Héctor Gaitán-Rojo



Sentado sobre un gran terrón de adobe, fuera de su casa, Yáotl observó la caída de la tarde sobre el valle del Anáhuac. Nunca había visto con tanta atención el paulatino oscurecimiento del gran cielo que cubre su ciudad, el alargamiento de las sombras, los



pálidos tonos rojizos y naranjas que intentan, con vano esfuerzo, hacer perdurar el día. Esos colores pronto se desvanecen y las sombras se convierten en una sola sombra. Yáotl sintió que la oscuridad lo aislaba de los objetos queridos: su casa, su perro, los árboles.



Se estremeció porque sabía que en una tarde como ésta su padre había muerto en la guerra y, según le platicó su madre, los guerreros acompañan al Sol todas las mañanas hasta el mediodía. Hacía cuatro años que su padre había



muerto y, al igual que otros guerreros que cayeron esa ocasión, se convertiría en un ave de hermoso plumaje.

Yáotl acarició el lomo de su perro Xólotl, que estaba acurrucado a sus pies; sintió tristeza y le dieron ganas de ver a su padre. Su madre le había contado que el Sol, después de meterse tras las montañas, desciende hasta el *Mictlan*, lugar donde habitan los que mueren.



Con la mano sobre Xólotl y concentrándose en las grises sombras que poblaban el Anáhuac, Yáotl empezó a imaginar que caminaba por una vereda acompañado de su perrito, y aunque sabía que el lugar donde deseaba ir era oscuro y en el camino lo esperaban varios peligros, él y Xólotl siguieron caminando un largo trecho hasta que escucharon un ruido tremendo. Ahí se detuvieron.



—¿Qué será? —dijo Yáotl—. Acerquémonos a la orilla del camino para ver mejor.



Frente a ellos chocaban entre sí dos enormes cerros. Con los ojos bien abiertos, vieron cómo los cerros se abrían y volvían a chocar. El niño pensó que apenas tendrían tiempo de pasar entre ellos sin morir aplastados y dijo:

—Vamos, Xólotl, tenemos que correr en el momento en que empiecen a abrirse.



Esperaron a que chocaran otra vez y...

—¡Ahora! —ordenó Yáotl.

Se echaron a correr y cuando iban a la mitad del trayecto, los cerros empezaron a cerrarse. Apretaron el paso y en el momento justo en que



pusieron los pies del otro lado, a sus espaldas se escuchó el estruendo del choque. Todavía corrieron un buen rato. El niño se sobaba las orejas y decía:

—¡Uf, de la que nos salvamos! Y aún nos esperan otros obstáculos para llegar al Mictlan.

Reiniciaron su camino. Se sintieron aliviados, tranquilos; pero después de un rato de caminata, se cruzó a su paso una enorme serpiente que agitaba su cola locamente. Tenía todas las intenciones de atacar a Yáotl y Xólotl, quienes instintivamente se quedaron quietos. Luego Yáotl, con voz temblorosa, habló:



—Tenemos que burlarla si no queremos terminar triturados en su estómago.



El perro solo agitó la cola en señal de asentimiento. El niño tramaba la manera de burlar a la serpiente.

—Mientras tú corres por la derecha, yo corro por la izquierda. Una vez que yo haya pasado, la llamo y tú pasas. ¿Sale?



Xólotl pegó la carrera y la víbora se movió hacia él, pero inmediatamente Yáotl arrancó y la serpiente no supo a quién atacar. Cuando se había decidido a echarse sobre el perrito, el niño gritó y entonces ella ya no supo qué hacer y se quedó hecha pelotas. Los viajeros aprovecharon esto y se alejaron despavoridamente. Cuando sintieron que estaban fuera de peligro, se detuvieron a descansar.

—¡Qué suerte tuvimos! —dijo Yáotl, a la vez que tomaba aire—; sigamos adelante.

No habían dado más que unos cuantos pasos cuando una gran mancha verde les llamó la atención. Al acercarse, se dieron cuenta de que se trataba de una lagartija gigante que custodiaba el camino.

—Pasemos lentamente para no atraer su atención...

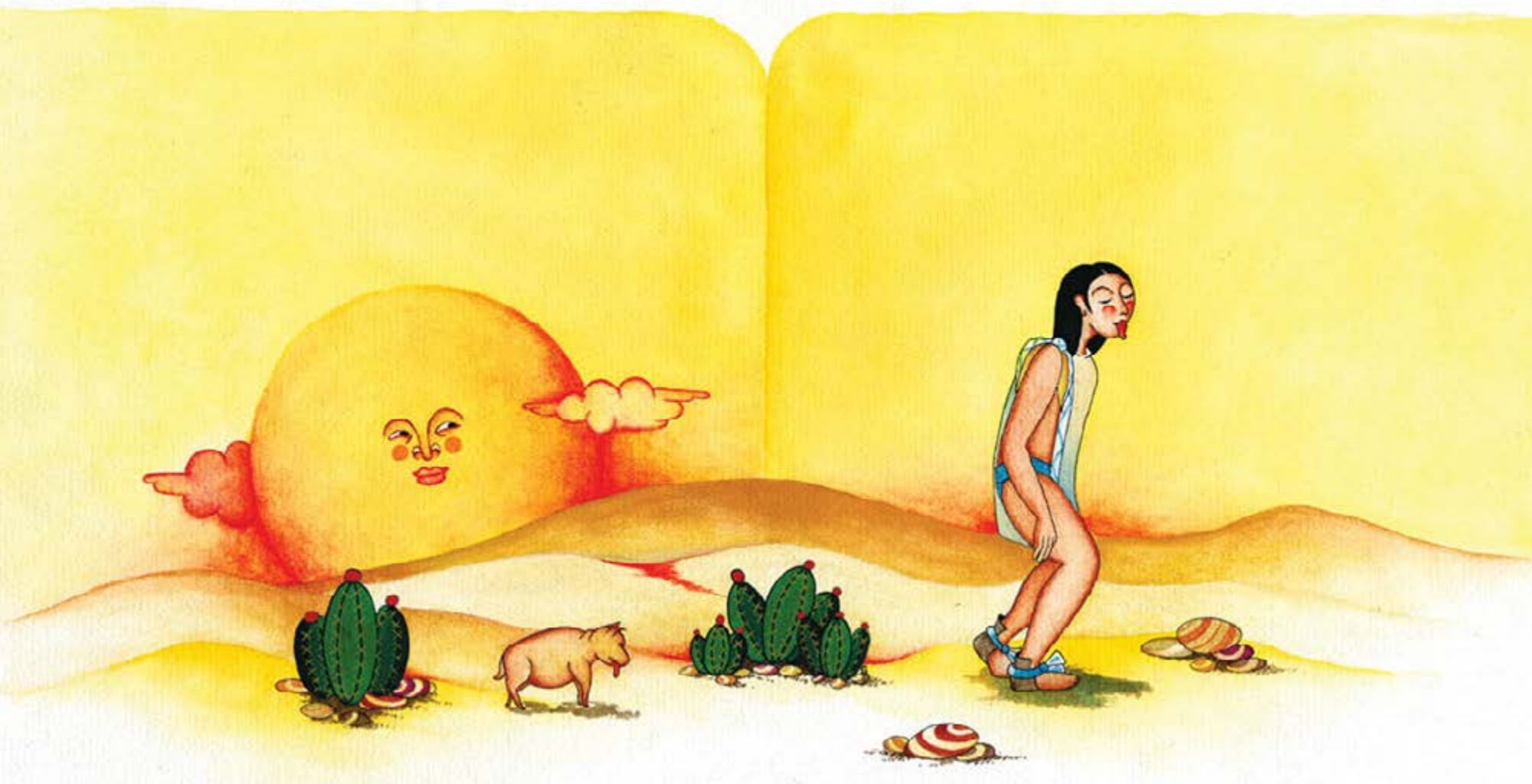
Con mucho cuidado fueron avanzando, como si caminaran en cámara lenta, pero la lagartija los descubrió y se quedó mirándolos con sus ojos saltones. De repente sacó su larga lengua y casi tocó a Yáotl. El susto que se llevaron no fue para menos y emprendieron una ágil carrera. Entonces, la lagartija gigante corrió



tras ellos. Sentían muy cerca sus lengüetazos y cuando ya no pudieron más, le dieron la vuelta a un ahuehuate para esconderse. Enseguida el niño tomó un puñado de tierra y en el momento en que el animal se asomó detrás del árbol, le tiró la tierra a los ojos saltones. Lanzando alaridos y revolcándose en el suelo, la lagartija gigante quedó inutilizada.



Y continuaron su apresurado andar. Después de un par de horas de viaje, sintieron que se les dificultaba caminar, como si en el aire hubiera una fuerza invisible que los detuviera. Al mismo tiempo los invadió una sed más grande que una laguna; para su desgracia, caminaban por un páramo en el que no había plantas ni mucho menos un charquito que pudiera satisfacer esas inmensas ganas de beber agua.



Creyeron que morirían. Avanzaban muy lentamente, como si sus cuerpos fueran de plomo. Sin embargo, a medida que dejaban el páramo, la sensación de peso disminuía y la sed se les iba quitando poco a poco. Al llegar



adonde comenzaban ocho barrancos, la vitalidad volvió a sus cuerpos.



—¡Qué mala suerte, Xólotl!, ahora tenemos que atravesar ocho barrancos. ¿Qué hacemos?

El perro miró al niño como diciendo: “Si tú no sabes qué hacer, menos yo”.

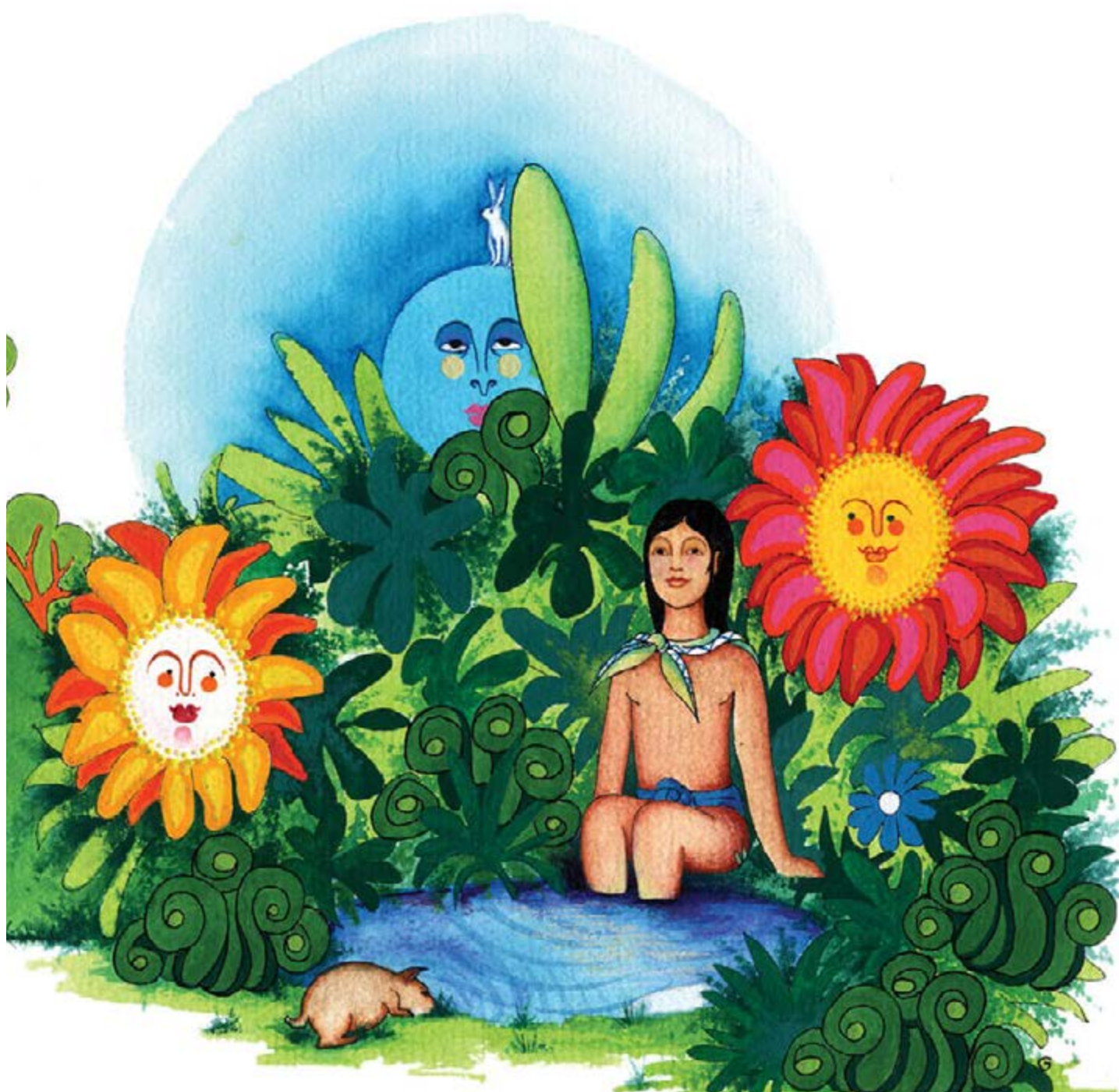
—Solo sé una cosa, Xólotl, que no debemos regresar. Sería como aceptar la derrota antes de hacer todo lo que esté de nuestra parte. ¿Estás dispuesto a seguir?



Xólotl paró las orejas alegremente, dando a entender que por su parte no había ningún impedimento.

—Pues, ¡adelante!

Y caminaron y caminaron y caminaron, salvando los ocho obstáculos naturales. Al terminarse esta parte de la travesía, encontraron un manantial de agua cristalina. Ahí saciaron su sed, se mojaron, jugaron salpicándose. Después cortaron algunas plantas y las devoraron; les entró sueño y nada más pusieron la cabeza en el suelo, se quedaron dormidos.



Así pasaron varias horas, hasta que un viento helado despertó a Xólotl; se acercó al niño y con el hocico le jaló la manta hasta despertarlo. Al viento le siguió el vuelo agitado de pequeños pedazos de obsidiana que comenzaron a cortarle a Yáotl el rostro y las manos. Por su parte, Xólotl no se preocupaba porque a él no lo tocaban las obsidianas. Al ver que su perro estaba tranquilo, el niño también se puso en cuatro patas y tiritando de frío empezaron a alejarse del viento de navajas.



De pronto, el vuelo de las obsidianas quedó atrás. Yáotl se incorporó: tenía las rodillas y las manos raspadas. Su rostro sangraba a través de las cortaditas.

—¡Qué difícil es todo esto, querido Xólotl!
—dijo, mientras su perrito lloriqueaba por su compañero.

Poniéndose saliva en las heridas, Yáotl continuó:

—Pero creo que estamos a punto de llegar.

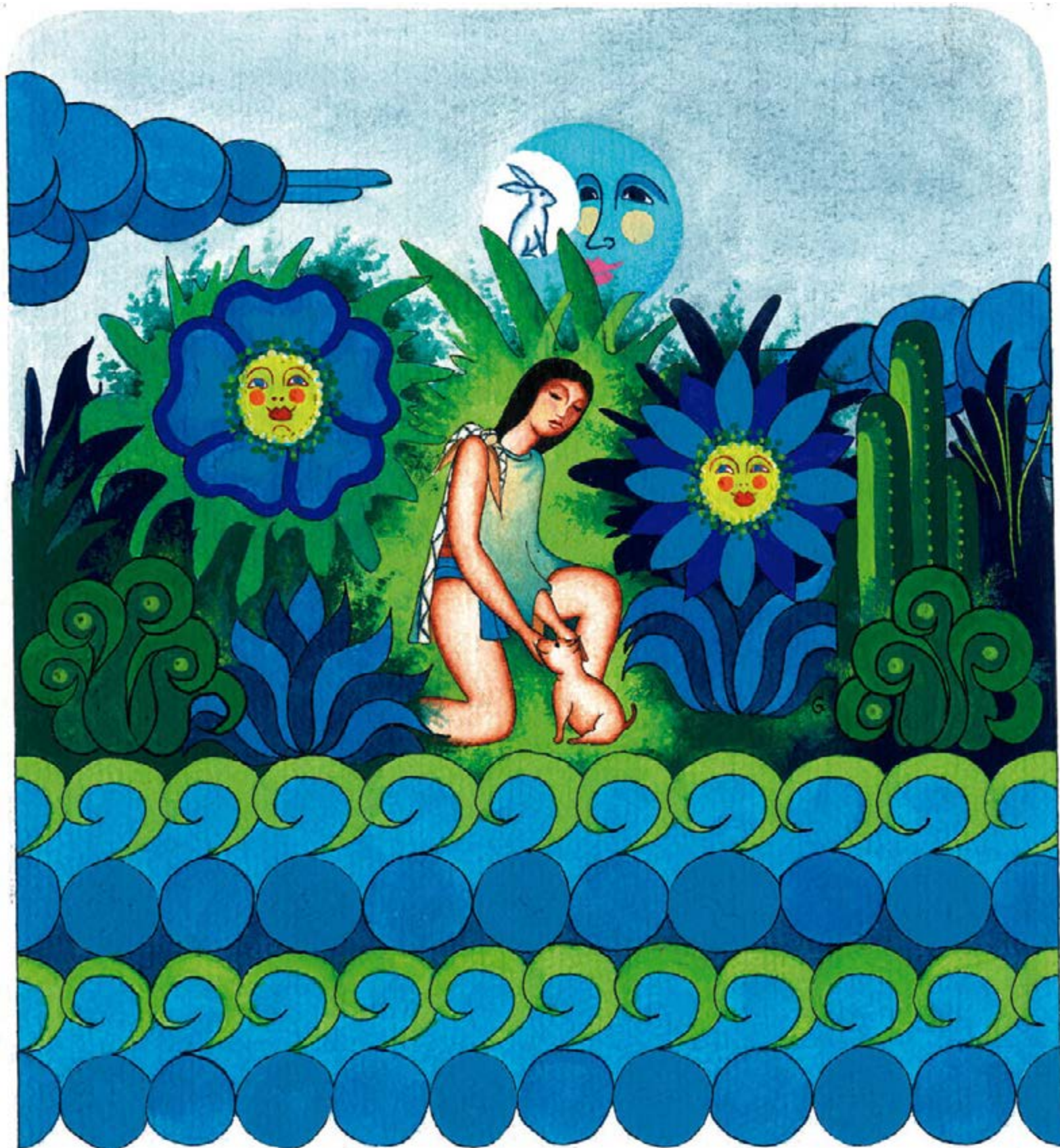
Siguieron caminando por una vereda llena de extrañas plantas. Más adelante aumentó la vegetación; percibieron un murmullo, que a medida que se acercaban se oía más claro. No cabía duda: se trataba del río, último peligro que había que salvar para llegar al Mictlan.

Abriéndose paso entre la maraña de plantas, en un recodo de la vereda, lo pudieron ver. Era un río ancho y de aguas agitadas. Se detuvieron a unos pasos de la orilla. Yáotl se puso en cuclillas y acarició la cabeza de Xólotl.

—Xólotl, amigo mío —dijo Yáotl—, hasta aquí has sido fiel a nuestra aventura. Solo tú puedes ayudarme a cruzar el río. Recuerda lo que nos contó mi madre: que ningún otro



animal puede hacerlo, más que un perrito color bermejo, y tú lo eres, Xólotl.

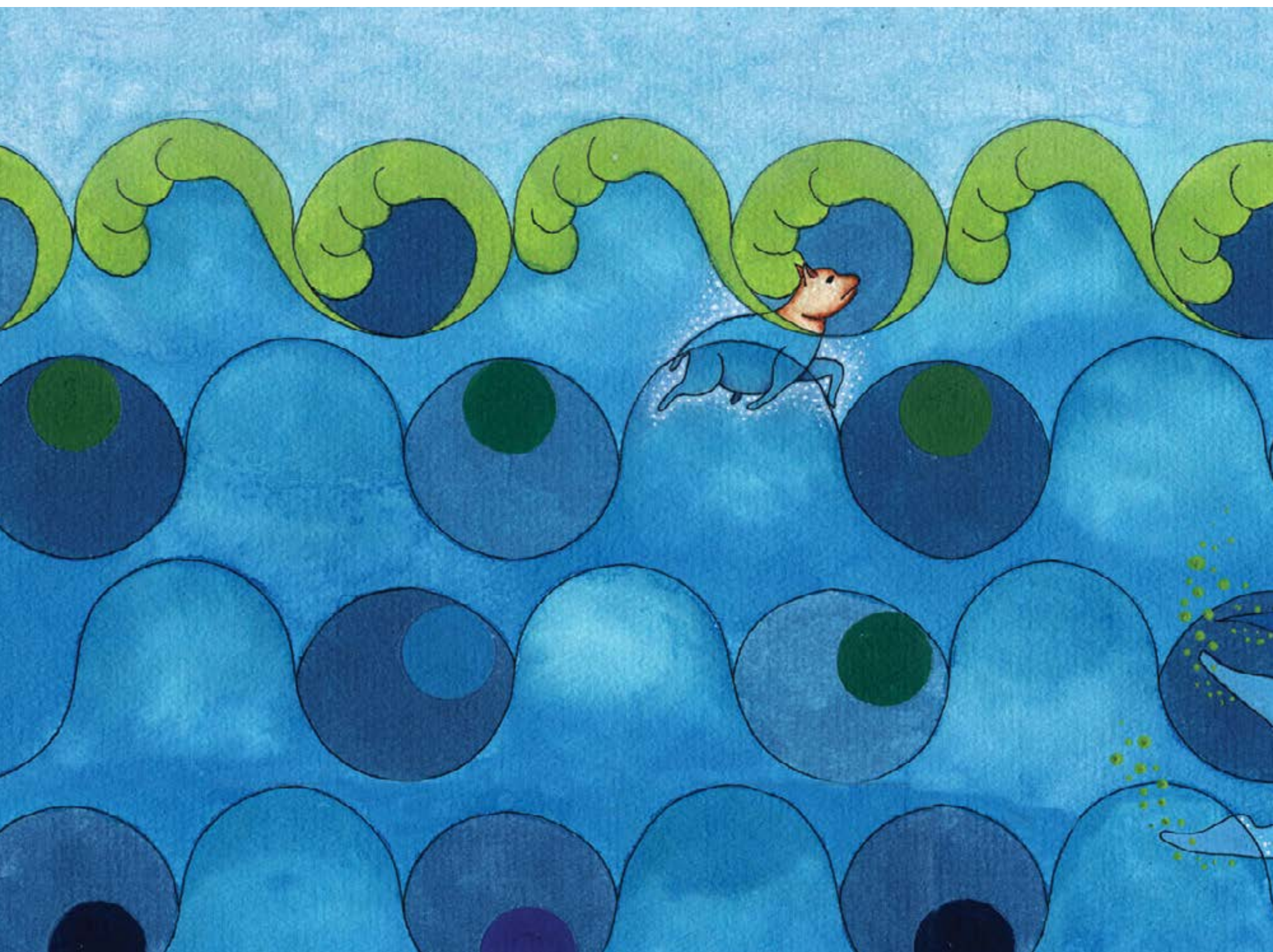


Yáotl y su perro se miraron fijamente sopesando la seriedad del peligro que los esperaba.

—Ojalá que las fuerzas no nos fallen en medio del



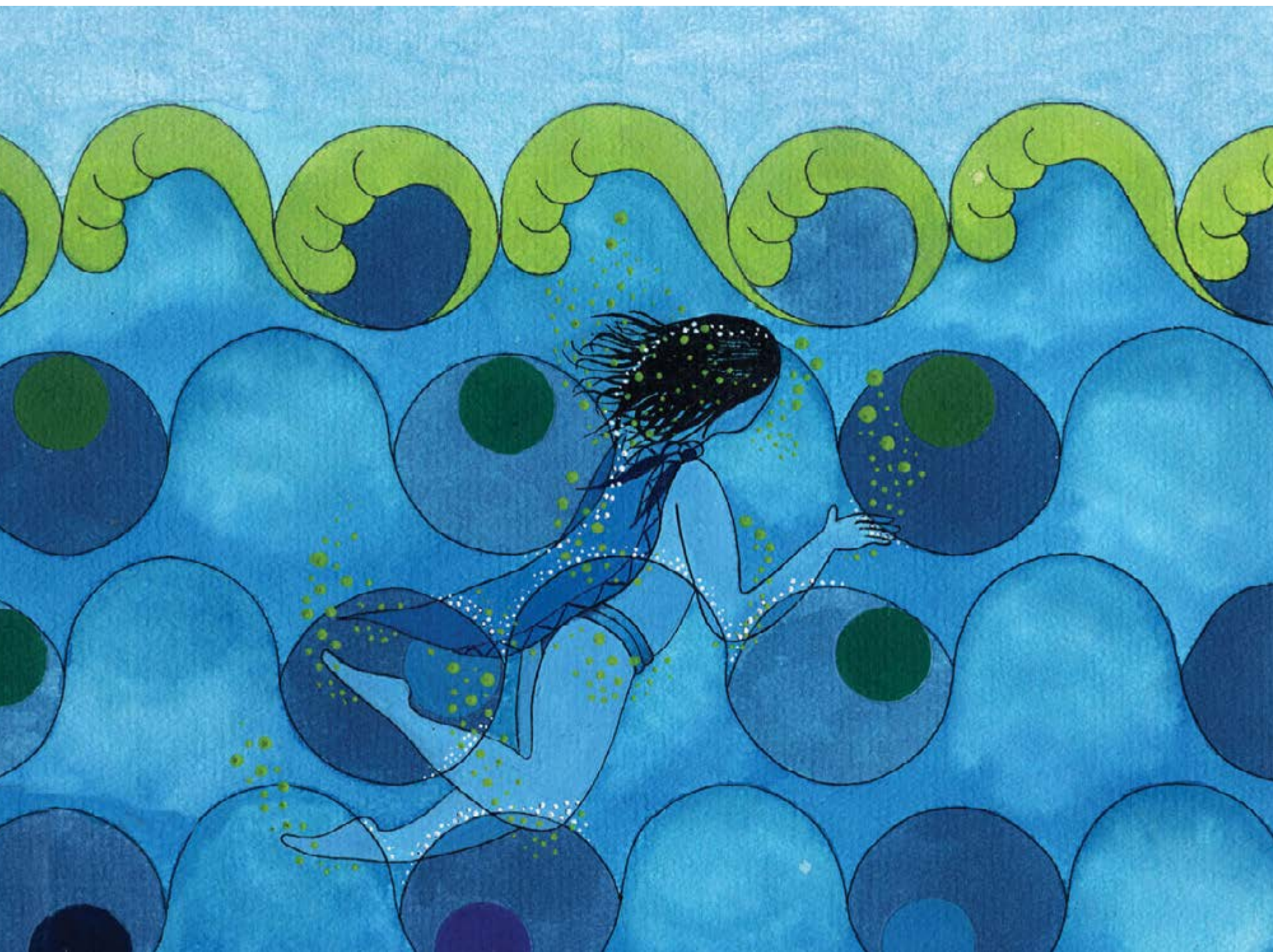
río. Te lo confieso: tengo miedo, pero también tengo decisión —agregó el niño.



Sin esperar otra palabra, Xólotl se acercó a la orilla del río; lo mismo hizo Yáotl. El perro saltó hacia el agua; después, el niño también se sumergió y una vez que ambas cabecitas salieron a la superficie, Yáotl se agarró del cuello de Xólotl y sobre su lomo comenzaron a avanzar. El perrito iba haciendo grandes esfuerzos para que no fueran arrastrados por la agitada



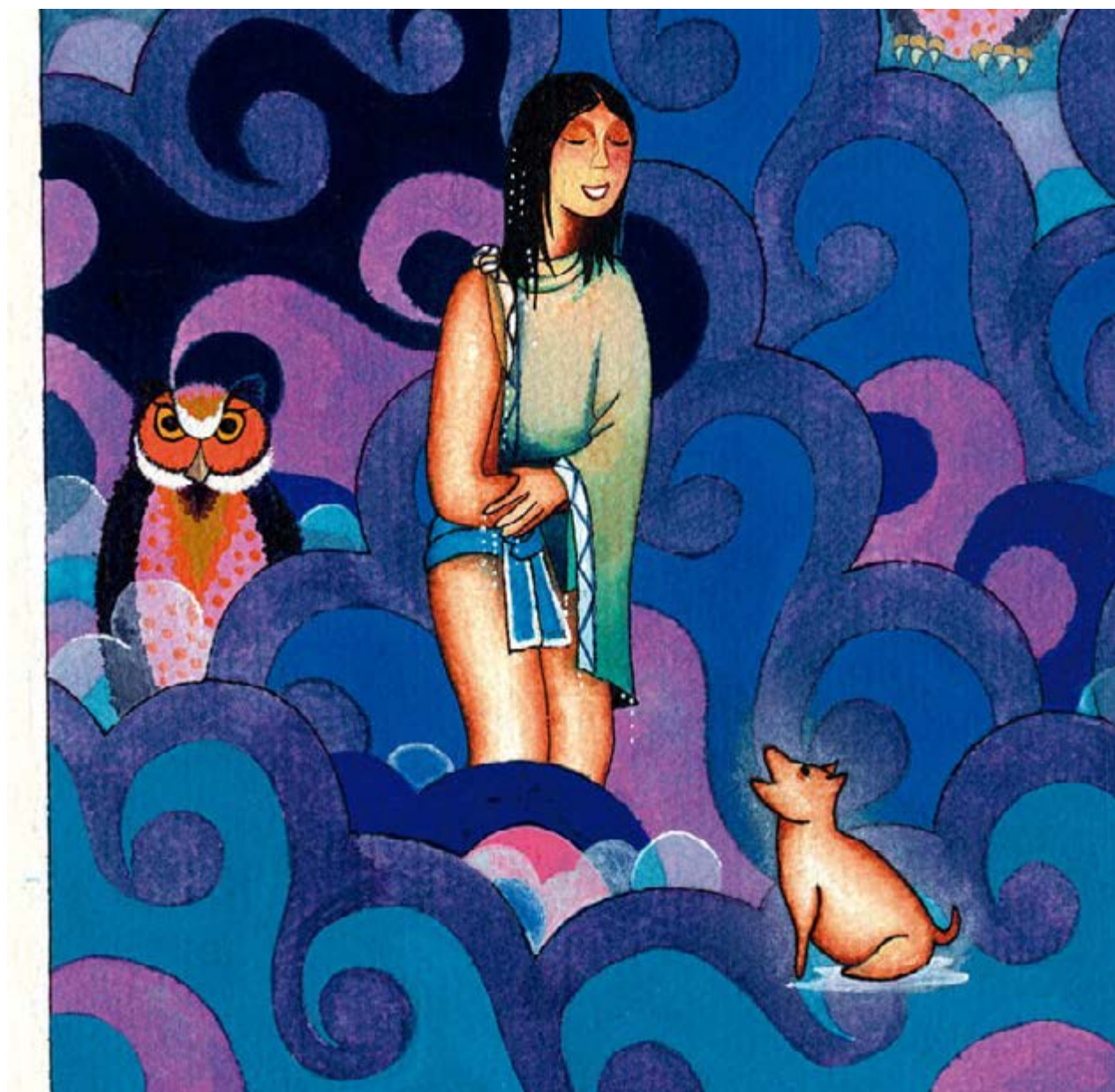
corriente; sin embargo, luego de varios metros de recorrido, surgió un alocado remolino que provocó que Yáotl se soltara y fuera tragado por el río.



Xólotl empezó a ladrar desesperadamente, hasta que unos metros más allá apareció el cuerpo del niño. Inmediatamente el perrito se desplazó hacia él. En una voltereta que dio Yáotl, descubrió a Xólotl; intentó prenderse de él, pero no lo logró. De un ágil movimiento, Xólotl lo



alcanzó. Diciendo quién sabe qué cosas, el niño se agarró de su compañero. Cuando se sintió seguro, Yáotl volvió prácticamente a la vida y, sin perder más tiempo, Xólotl aceleró su nado y cuando menos se lo imaginaban llegaron a la otra orilla.



Hechos una verdadera sopa, salieron del agua. Xólotl se sacudió varias veces, mientras Yáotl tosía y trataba de tomar aire. Poco a poco se calmaron y, sin explicárselo, se pusieron a reír durante un buen rato. Una vez que se callaron, se sintieron satisfechos de haber llegado,

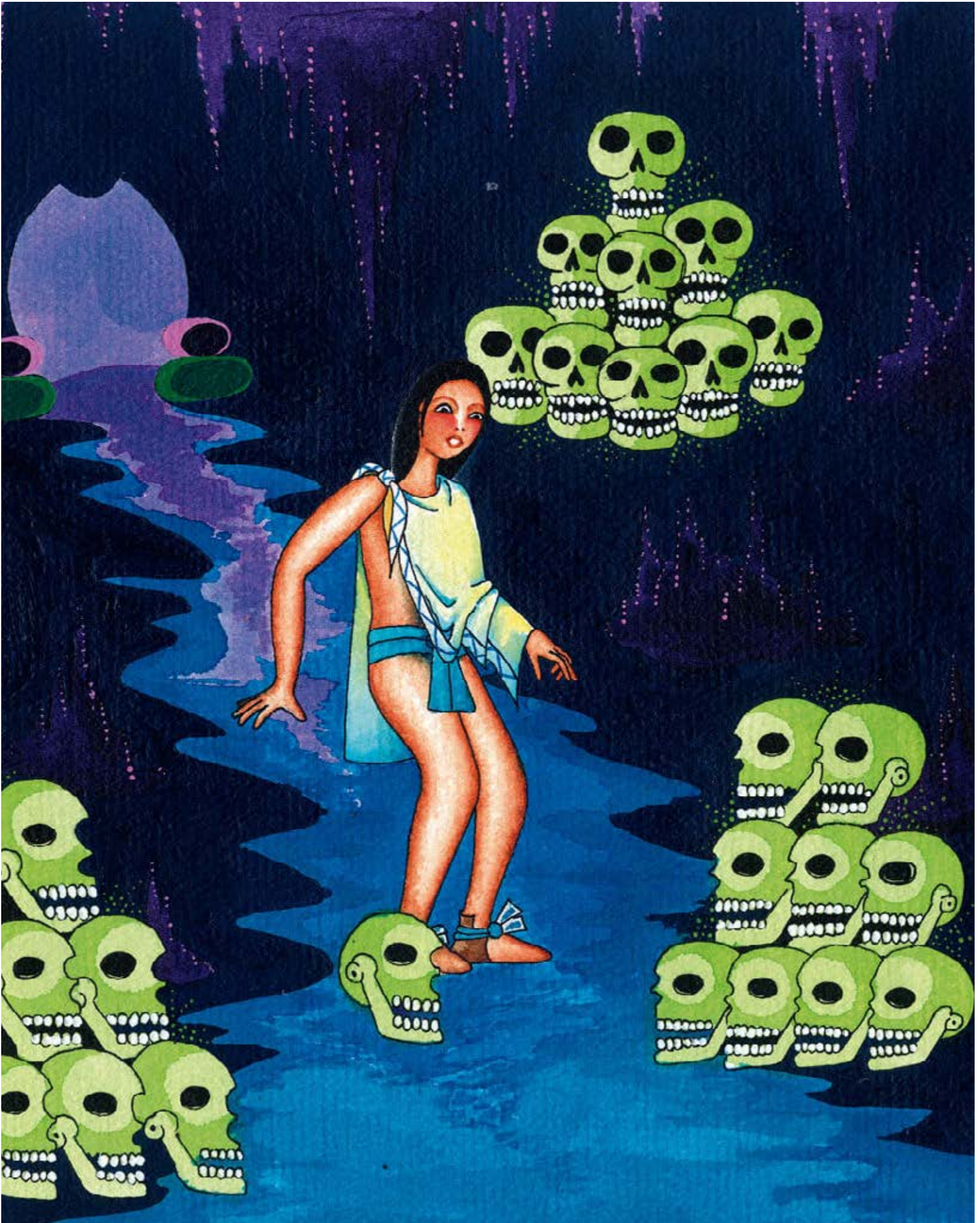


aunque todos cansados, a este oscuro lugar llamado Mictlan.

—Realmente no sabemos qué nos espera aquí —dijo Yáotl—. Yo entraré por aquella cueva, y si ves que me tardo, vas en mi auxilio. Hay que tener paciencia, Xólotl.

El perro le lamió la mano al niño en señal de solidaridad y como diciéndole que no se preocupara, que él estaría alerta, vigilando la cueva.



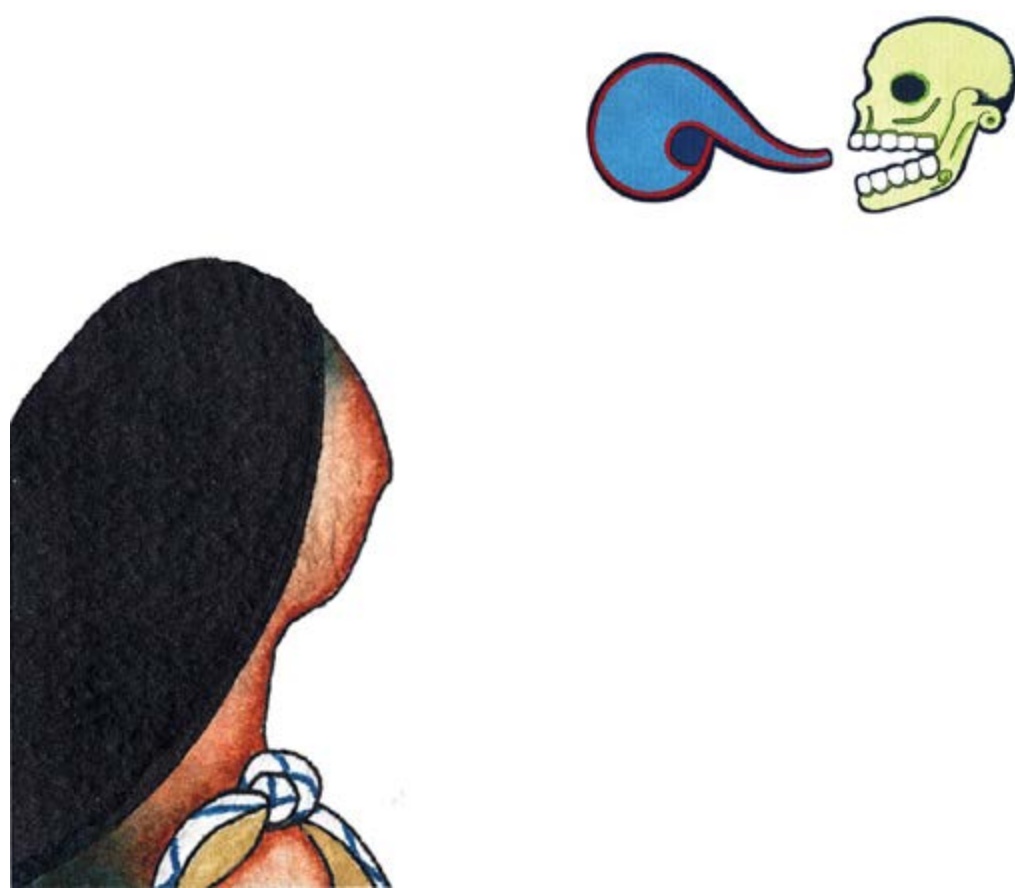


No había avanzado mucho cuando Yáotl sintió un fuerte escalofrío al descubrir montones de huesos por todas partes. Pisando huesos aquí y allá entró por el hueco de una gran cueva. En la penumbra vio que varios cráneos estaban acomodados en los rincones. Tratando



de no pisar los cerros de huesos que adivinaba en la oscuridad y que le obstruían el paso, atravesó varias habitaciones, hasta que de repente escuchó una voz poderosa que lo sobresaltó:

—Dime, ¿qué buscas en el lugar de los muertos?...



El niño sintió que le flaqueaban las piernas, y ningún miedo que le había entrado durante su aventura se igualaba al que ahora no le permitía articular palabra. La voz se volvió a escuchar:

—¿Por qué vienes a profanar los dominios de Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl, señor y señora de los muertos?

Yáotl siguió sin poder hablar. La tiniebla se fue aclarando poco a poco debido a una luz violeta que salía del aire mismo, y allí, frente a



Yáotl, sentados en un *icpalli* se encontraban dos personajes descarnados. Lucían esplendorosos brazaletes y orejeras.



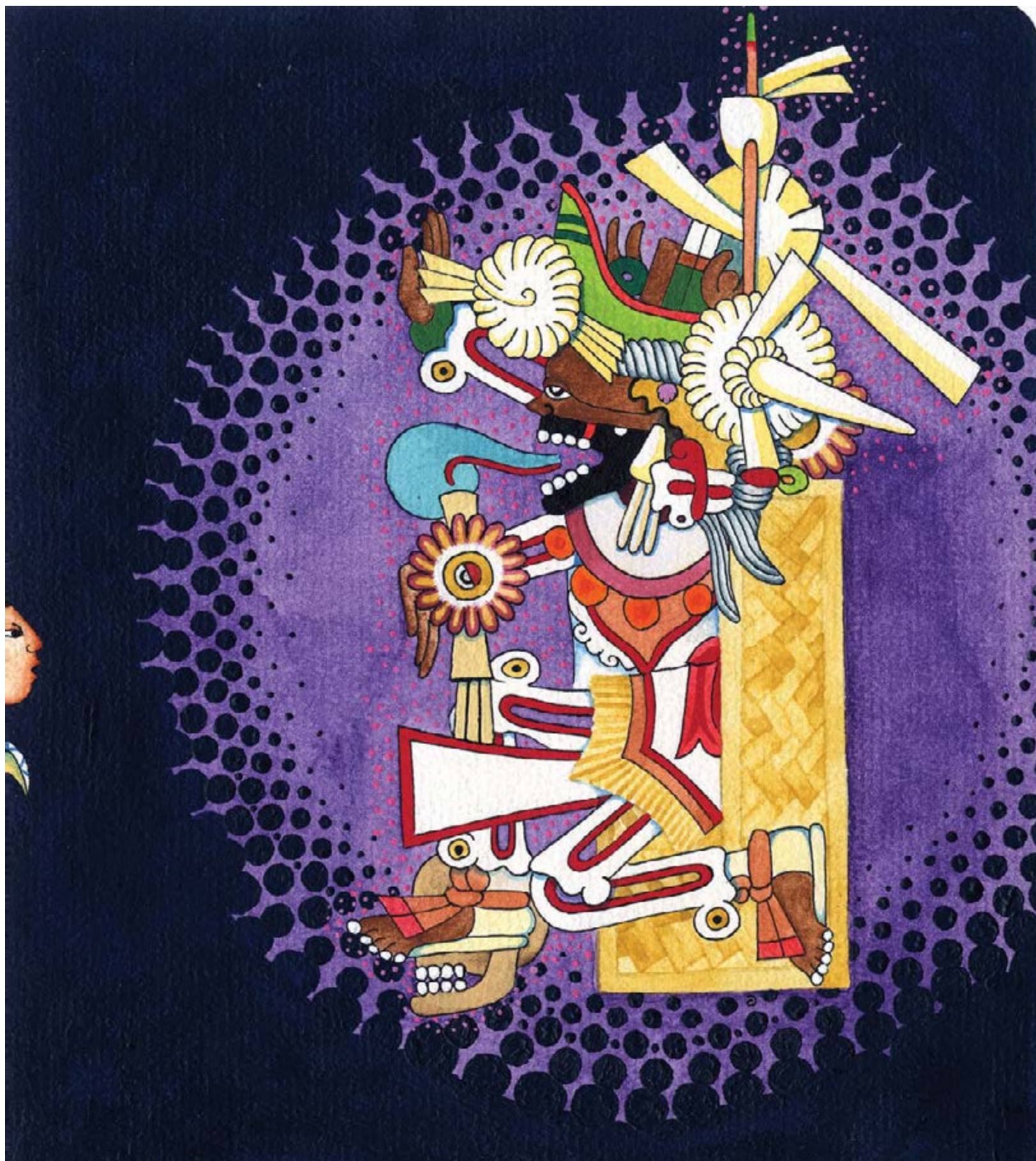
—¡Contesta! —ordenó la señora Mictlan-cíhuatl.

Haciendo un gran esfuerzo y temblándole todavía las piernas, Yáotl dijo quedamente:



—Es que... bueno... el viaje fue muy peligroso y...

—¿Qué haces aquí? Eso es lo queremos saber —gritó el señor Mictlantecuhtli.



Con voz temblorosa el niño continuó.

—Busco a un guerrero que murió hace cuatro años.



Al terminar de decir esto, la voz de Yáotl se fue aclarando, hasta que con firmeza dijo:

—Es mi padre.

—Para empezar, los guerreros no vienen al Mictlan; su tarea consiste en acompañar al Sol todas las mañanas. Aquí vienen los que mueren de enfermedad o de muerte natural. Y además, los que no han muerto deben conformarse con los símbolos que nosotros les enviamos y nunca permitimos que nadie profane el Mictlan. Serás sacrificado inmediatamente —respondió el señor de los muertos, con una voz más poderosa que la del principio.



El miedo regresó a Yáotl. Miraba aterrado el hueco de los ojos de los señores; quiso huir pero no pudo moverse. En eso, la señora de los muertos se puso de pie y caminó hacia el niño.

—No, por favor; yo no sabía que estaba profanando sus dominios. Señora, por favor...



El señor de los muertos también se levantó y caminando con paso lento se dirigió hacia Yáotl. Al fin el niño pudo moverse y comenzó a retroceder; su espalda topó con una de las paredes de la habitación. Miró hacia ambos lados



y se descubrió rodeado de cientos de calaveras. Los señores de la muerte estaban a punto de atraparlo para el sacrificio.

Entonces Yáotl escuchó los ladridos de Xólotl; luego le vino a la cabeza una especie de remolino de imágenes, hasta que se dio cuenta de que se encontraba sentado sobre un gran terrón de adobe, fuera de su casa. Respiraba agitadamente y no supo si en realidad había tenido esa aventura o si se trataba de los símbolos que habían venido desde las montañas, allá donde el Sol acaba de meterse, desde el Mictlan. Xólotl corría en círculos intentando morderse la cola; este jugueteo de su perro reconfortó al niño y no pudo menos que sonreír.





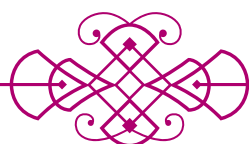
Mientras miraba a Xólotl, escuchó un suave aleteo detrás de él. Volteó y vio un hermoso colibrí que se posaba sobre su hombro. Yáotl quiso agarrarlo, pero el pajarillo emprendió el vuelo, ágil, y dirigiéndose hacia las montañas se perdió entre las grises sombras que poblaban el Anáhuac. Yáotl se levantó y corrió hacia su casa.

—¡Madre, madre, mi padre vino a verme, mi padre vino a verme!



La señora abrazó al niño y le pidió que le explicara, pero Yáotl solamente dijo:

—Ahora sé que mi padre es un bello colibrí.



Créditos

Texto: Eduardo Matos Moctezuma

Ilustración: Héctor Gaitán-Rojo

Diseño original: Cynthia Valdespino Sierra

Por esta edición digital

Consejo Nacional de Fomento Educativo

Coordinación general

Carmen Gladys Barrios Veloso

María del Carmen Herrero Mejía

Pedro Antonio López Salas

Coordinación editorial

Samuel Josué Aguayo Mejía

Rosa María Díaz Álvarez

Verónica Noyola Valdez

Coordinación de Normatividad, Producción y Vinculación Editorial

Producción digital

Dulce Mariko Lugo García

Abigail Orduña Ruiz

Maresa Oskam Roux

Jorge Eduardo Rodríguez Uribe

Paola Zorrilla Drago



Directorio

Esteban Moctezuma Barragán

Secretario de Educación Pública

Cuauhtémoc Sánchez Osio

Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

Samuel Torres Pérez

Director de Educación Comunitaria e Inclusión Social

René Fujiwara Apodaca

Director de Educación Inicial

Sagrario Conde Valerio

Directora de Cultura y Difusión



Yáotl en la tierra de los muertos

Edición 2020

D.R. © Consejo Nacional de Fomento Educativo
Avenida Universidad 1200, Xoco, Ciudad
de México, C.P. 03330

ISBN:

